

INFIDELIDAD Y DESORIENTACION

UBICACION DE LEON BENAROS
y C. FERNANDEZ MORENO

Pocas veces en su historia el hombre ha alcanzado situaciones similares a la que se halla abocado en la actualidad. Quiero decir, presenciar en el transcurso de algunos decenios, el derrumbe del edificio cultural que lo constituía, a la vez que el nacimiento de nuevos mundos logrados a expensas de su propia capacidad creadora, que lo proyectaran hacia un futuro incierto, desconocido y sobrecogedor. El hombre se debate en un medio, no solamente inhóspito, sino que —o en el mejor de los casos— le es, además, *infiel*. Es interesante recalcar este aspecto del problema por cuanto en esa cualidad del mundo trascendente se apoya, a mi entender, el dislocamiento que sufre hoy el hombre frente a las cosas. Es la infidelidad de ese mundo para con el hombre, lo que le facilita a éste su desubicación. El hombre hasta cierto momento *confía* en que el mundo trascendente, su medio, las cosas, adopten determinadas actitudes, se establezcan sobre determinadas situaciones; actitudes y situaciones conocidas por él, o por lo menos intuídas por él con anterioridad. Pero ocurre que aquello que sabía, o por mejor decir *creía*, de cierta consistencia y calidad, se le presenta de maneras diferentes. Acontece que el mundo todo, con él incluido, está en constante aventura, en perpetuo peregrinaje. Y allí es donde se produce el descoyuntamiento entre él y las cosas¹.

Muchas consecuencias pueden desprenderse de este acerto que, por otra parte, no necesita demostración ya que no es una teoría, porque nos es común a todos; está ahí, visible en su practicabilidad, constatable en mayor o menor grado para

¹ Este *confiarse* del hombre en el mundo, va desde el simple hecho de pretender tomar un colectivo para dirigirse a determinado lugar, y finalmente ir a pie; hasta el de concurrir a la búsqueda de Dios, y no encontrarlo, o encontrarlo en otra parte.

los que lo padezcan. Pero los que se han detenido alguna vez a pensar en estas cosas no se han puesto de acuerdo acerca de cual sea la más importante de dichas consecuencias; la que más convenga tener en cuenta; la que pudiera ser, a su vez causa de otros inconvenientes vitales de trascendencia menos mediata, aunque más abrumadora.

Para algunos esta consecuencia sería la angustia; otros la llaman miedo; quiénes habrá que la consideren castigo divino. Yo pienso que todas estas son promociones secundarias de un hecho al que prefiero limitarme, sin negar en definitiva ninguna de aquellas. Creo que ese dislocamiento del que hablé provoca como hecho inmediato algo que deberíamos llamar *desorientación*, conviniendo en que dicha desorientación se presenta, al mismo tiempo, con un matiz de desilusión, aún cuando este último aspecto del problema escape a los fines del presente artículo; por ello es que me limitaré a considerar el núcleo: la desorientación misma. Lo demás es la reacción que el hombre asume al desorientarse. Luego, está claro, que el hombre acuciado por la infidelidad del mundo trascendente se desorienta. Y entonces es cuando no sabe ya qué hacer; pierde el rumbo; no es que en primera instancia se equivoque, que elija mal; sino que no elije. Se queda azorado ante lo diverso. Y cuando se decide, si es que llega a ello, por lo general no podrá *estar seguro*; y menos, dar razones de su elección. La angustia, el miedo, la desazón, la contricción, son formas posteriores de ese *no estar seguro*; pero lo primero, el principio, es la *desorientación*.

¿Cuáles son los elementos diferenciadores de la desorientación? El más importante ya está mencionado: la duda. El hombre no sabe —no puede— elegir. Las imágenes se le mezclan; las ideas, hasta hace poco claras, se le obscurecen; lo que parecía cierto, ahora resulta falso. Y pierde la confianza en todo: en el mundo trascendente y en él mismo. Entonces es cuando se diversifica, e intenta, prueba, y vuelve a intentar; para fallar siempre, para no lograr nunca *su seguridad*; o si no, en cambio, se engeuece y adopta actitudes irremediables: el suicidio, el fracaso, el incondicionalismo místico o político, la decepción; en una palabra, la ruina de sus tesoros éticos y espirituales.

Por eso es que de un tiempo a esta parte nos ha sido posible observar, en diversos órdenes de la cultura ciertos desmanes, tales como la ligereza, la superficialidad, la irrespetuosidad o la falta de consecuencia moral. Llama la atención que este fenómeno no sea localizable, circunscritable a circunstancias particulares; por el contrario, es universal, en la medida

que se produce en todas las regiones de la tierra. Pero, para alcanzar el objeto de este artículo me referiré a nuestro país, y en particular, y a manera de ejemplo, a un determinado episodio, que no por minoritario, ha dejado de ser desagradable; y además, sintomático.

Conviene, sin embargo, aclarar de antemano que no me guía ningún propósito polémico, y menos aún, moralizador. (¿Quién de nosotros podría arrojar la primera piedra?) Mi afán, en ningún momento, y bajo ningún concepto, quiere abandonar su calidad de opinión. Se me ocurre que lo inteligente, lo atinado en estos momentos de amarga desilusión, de vandálica destrucción, de azoramiento, y hasta —a veces— de estupidez, es realizar algún intento serio por precisar los términos de la problemática contemporánea; fijarlos, destacarlos con alguna luz de la negrura que nos circunda. A esos propósitos me remito, y por ellos, al ejemplo que prometiera.

Hace algún tiempo apareció una revista. Se llamaba: "El 40. Revista literaria de una generación". Hoy se llama menos: "El 40. Revista literaria". Es decir que el término aquél que en el primer momento acuciara la atención del lector, desaparece a partir del tercer número. En aquel primero habíamos leído una nota del señor León Benarós titulada "La generación de 1940 (Introducción)"; en el tercero, otra del señor César Fernández Moreno, que lleva por nombre "La cuestión de las generaciones". Y estos dos artículos integran el muestrario sintomático de la desorientación que sufrimos porque nos circunda. Los analizaré sucesivamente y de acuerdo con el orden en que vieron la luz.

El "caso" Benarós

Largo sería precisar de manera exhaustiva la serie de enormidades, de contradicciones y dislates que se leen en este artículo. Líneas escritas sin método, o con un método deficiente, no han sido meditadas, y les hubiera hecho falta una relectura antes de su publicación. Por lo demás los aspectos esenciales del problema se mencionan a la pasada, sin poder afirmarse nunca uno en nada serio. Resulta en definitiva una mezcla de anecdótico sentimental y de ignorancia. Señalaré de paso dos calificativos que conviene aquí, y que ya han sido mencionados más arriba: la ligereza y la superficialidad.

Dejo de lado las minucias de detalle, para ir a lo que incumbe de gravedad: la ignorancia. Ella habrá surgido en forma clara para los que leyeron con algún detenimiento el ensayo de Julius Petersen titulado *Las generaciones literarias* (En *Filosofía de la Ciencia Literaria*, por Ermatinger, Fondo de Cul-

tura Económica, México, 1946, traducción de Carlos Silva).

El autor dirige sus ataques a los que denomina en otra parte como "los puntillosos preceptistas engendrados por Petersen", para lo cual cita repetidamente el nombre de este pensador alemán, y le hace decir cosas que no dijo nunca. Todo ello con el propósito de justificar la existencia de una pretendida generación literaria de 1940.

Expresa el señor Benarós: "Aplicadas con extrema exigencia las frecuentadas condiciones de Petersen al fenómeno literario que aspira a constituirse en generación, pocos grupos salen vivos de la prueba. Es que cuando decimos *generación* entre nosotros, queremos decir *generación* literaria, caracterizada, sobre todo, por simultaneidad de voces en el tiempo, unidas sin embargo, por un hilo secreto y común que, aunque se diversifique en colores varios está conduciéndonos en el mismo laberinto. César [Fernández Moreno] proponía fórmulas transaccionales, aferrado a su ortodoxia peterseniana".

Al comienzo de su ensayo —y a lo largo de todo su desarrollo— el pensador alemán, tal como lo indica el título de su trabajo —y como se lo reprocha J. Marías— tiene presente la instancia literaria, y su aplicación al estudio de las generaciones. Es decir que la oposición entre Benarós y Petersen no camina, ya que también Petersen habla de generaciones literarias. Al hablar de este concepto en sus formas más simples, referidas a los antagonismos generacionales entre padres e hijos, entre maestros y alumnos, Petersen dice: "La violencia de este antagonismo es diversa según los tiempos, y el ardor de la lucha representa un valor para medir la intensidad del empuje y la originalidad del nuevo espíritu, y también acaso para conjeturar la duración de sus logros. En mayor grado que cualquier otro campo del espíritu, es la literatura escenario de estas luchas, pues el lenguaje representa el arma por excelencia y entre lo hablado, la 'obra literaria' es lo que permanece, lo que nos sigue hablando de esas luchas en una existencia supratemporal..." Y más adelante: "La historia literaria, que pretende exponer el curso de un desarrollo, es siempre, de manera expresa o tácita, la historia de las generaciones literarias y de sus creaciones".

Es decir que también en Petersen, como "entre nosotros", se habla de generaciones literarias. Lo que sucede es que aquél lo refiere al ámbito de la historia de la literatura, y Benarós lo refiere a una temporalidad inmediata. Además, y de allí quizás la incompreensión de Benarós para con Petersen, es que éste acepta otros tipos de generaciones, tales como las políticas, las históricas, las económicas, etc., todas las cuales integrarían

una conexión de generaciones que pasa a convertirse en un problema histórico-social, y su planteamiento en las interpolaciones y paralelismos de las diversas generaciones literarias, aserto enunciado con claridad hacia el final de su ensayo (página 190 de la edición citada).

Debe agregarse otra prueba de la ignorancia y el desconocimiento denunciados. En efecto, Petersen señala una serie de factores que forman una generación; pero nunca habla de condiciones, con la acepción terminante e inviolable que Benarós quiere darle. Dichos factores son enunciados y *discutidos*, sin que quede en el ánimo del lector aplicado la impresión de la pretendida necesidad que Benarós quiere imponerle para crear un fantasma al cual atacar.

Sigamos citando. Más adelante el autor de la nota que trato dice: "Tengo en mi poder interesantes autobiografías de casi todos los poetas cuya inclusión estaba propuesta. [habla de un antología de "la más joven poesía argentina", que por otra parte nunca apareció]. Son piezas de verdadero valor para intuir con verdad el mundo de cada uno. El formulario casi impertinente que confeccioné para dar sentido a la existencia de esos trabajos, incluía el autorretrato físico, el detalle de los paisajes de infancia, las primeras lecturas, las de formación, los acontecimientos familiares que dan rumbo a una vida, las supersticiones, los mitos... Todo ello, como se decía, en una página literaria, indiscreta hasta lo posible, sin cera siempre... Alguna vez daré a la pequeña historia de nuestra literatura estos ya documentos". E inmediatamente, en un párrafo titulado *Prontuario apresurado*, dirige un reproche a la llamada generación de *Martín Fierro*, y se dedica a marcar diferencias entre ésta y la del 40.

Pero yo me pregunto, al margen de consideraciones particulares sobre los jóvenes del año 1924, ¿quiénes se han apresurado en prontuarse, los buenos muchachos que fueron los de *Martín Fierro*, o los de *Boedo*, con sus sinceras preocupaciones estéticas alentadas al compás de un mundo que gozaba de la euforia pre-agónica, o estos otros jóvenes atildados, petulantes y engreídos que estructuran ficheros, coleccionan recortes y confeccionan formularios?

Sin entrar a considerar las posibilidades de que la mencionada generación del 40 exista o no, pienso, por el tono con que Benarós expresa sus afirmaciones, que a él le encantaría integrar una generación literaria, y erigirse, además en portavoz indiscutido y dispensador de prebendas dentro de tal generación. Esto es lo más importante en el pensamiento de Benarós, y de ninguna manera el dar pruebas de la existencia de

una generación. De no ser así, citaría con mayor respeto por los textos y observaría una menor ligereza para con los lectores. En realidad Benarós trata desesperadamente de ubicarse como hombre dentro del ámbito que lo rodea, y para ello se aferra a lo primero que tiene a mano. Esta desubicado, desorientado; porque el ámbito le es infiel: la generación del 40 está todavía con las cualidades del feto. Él, y otros, ignoran que lo primero en lo generacional es el relieve histórico que el concepto necesita para servir como hipótesis de trabajo. Y quién quiere hacer *historia* de su propia contemporaneidad no es historiador sino cronista.

El apresuramiento de Fernández Moreno

De los mismos defectos que el anterior adolece el artículo de Fernández Moreno, en cuanto a sus términos generales. El autor ha leído —o ha creído leer— el libro de Marías titulado: *El método histórico de las generaciones*. Y para lograr sus fines que son, en definitiva, los mismos que los de Benarós, es decir probar la existencia de la generación del 40, cita mal; adrede o por ignorancia. Eso lo sabrá él. Pero lo que yo tengo que decir, es que cita mal, muy mal, por ejemplo:

“Esta doctrina —dice, refiriéndose a la que sustenta Marías —parte de la base de que la generación es una unidad histórico-social total y no admite que ninguna generación se produzca en un campo social especial, el literario por ejemplo. ‘Las generaciones, como se sabe desde Stuart Mill y se ha olvidado cien veces, proceden de la sociedad entera y no de una sociedad abstracta’ (Marías) Observamos que a una sociedad entera no se opone una sociedad abstracta sino una sociedad parcial, y eso se —concretamente— la sociedad literaria”.

Por lo pronto, la cita de Marías es parcial. El pensador español dice concretamente: “El segundo error olvida que la vida es múltiple, pero que esa multiplicidad de dimensiones suyas no altera el hecho decisivo de que es una unidad total. Por esto, no se va a ninguna parte intentando hacer una teoría de las generaciones en política, arte o literatura; las generaciones afectan a la vida en su totalidad; se pueden acotar, ciertamente, estos campos de la realidad, pero a condición de que son abstractos y no reales. Las generaciones, como se sabe desde Stuart Mill y se ha olvidado cien veces, proceden de la sociedad entera, y no de una sociedad abstracta”.

Es decir que en la cita completa, Marías contrapone el concepto abstracto a real y no a entero, como quiere hacer creer Fernández Moreno al lector desprevenido. Por lo demás

no debe olvidarse la muy especial significación de *lo real* en el vocabulario orteguiano que es el utilizado por Marías, y del cual Fernández Moreno prescinde. Aquí, en este problema, lo real, lo que tiene atingencia con las generaciones, el lugar donde éstas actúan es el mundo que por su parte es un sistema de vigencias que constituyen lo social. Para el pensamiento de Marías es allí donde debe ubicarse el problema de la generación. Por lo demás y como aclarando el sentido que da el hecho de singularizar lo generacional en cuanto problema histórico-social, el mismo Marías dice más adelante que a las abstracciones literarias, políticas o artísticas no puede desgarrárselas de la sociedad total, ni aplicárseles la teoría de las generaciones (se refiere concretamente a la enunciada por Ortega), a no ser, dice, “como ejemplificación o simplificación didáctica, y con plena conciencia de su abstracción”.

Pero continuemos leyendo a Fernández Moreno. Su apresuramiento por leer a Marías le hace publicar estas palabras, inmediatas a las suyas que llevamos citadas: “Observemos que tampoco la sociedad entera de que habla Marías es tan, tan concreta, ya que apenas logra, en la parte pertinente de su estudio, determinar la existencia empírica de las generaciones: cuando debe referirse a una en concreto, *para mayor claridad, para que la sencillez sea máxima*, alude exclusivamente a una generación española. Sin embargo, considera que las generaciones tienen carácter unitario dentro de las mismas unidades históricas, entendiéndolo por tales aquellas sociedades que están en comunicación, ejemplo: Europa. ¿Por qué entonces España? ¿Es España esa ‘sociedad entera’, el ‘gran ámbito histórico’ de que habla Ortega? ¿O lo será Europa, o el mundo? ¿O será también España una sociedad abstracta, en el mismo sentido en que podría serlo otra sociedad parcial, aunque no determinada por un ámbito especial, sino por un centro de interés?” El autor de la nota olvida citar algunas palabras y pone como propias otras que son de Marías; aún cuando haya exceso, conviene citar a Marías en forma completa:

“¿A cuánta gente afecta una generación, cuánta engloba?
 ” Es absurdo pensar que se trata de un grupito de amigos, de
 ” una tertulia de café o de los colaboradores de una revista;
 ” pero ¿agrupa la generación a los hombres de todo el univer-
 ” so? ¿A un europeo del siglo XIII y un indio americano de
 ” la misma fecha? Evidentemente no. Las generaciones tienen
 ” un carácter unitario dentro de las mismas unidades históricas,
 ” entendiéndolo por éstas las sociedades que está en comunica-
 ” ción —no en relación de mera noticia—. Europa es hoy —y
 ” desde hace bastante tiempo— una unidad histórica, porque

"todas sus partes están en efectiva comunicación..."

Más adelante Marías propone su método para ubicar las generaciones en la historia. Es entonces cuando escribe las palabras que cita Fernández Moreno entre comillas, y haciéndolas referir a una generación española, cuando en realidad Marías dice: "Para mayor claridad, ejemplificaré este método con algunos nombres, todos españoles, para que la sencillez sea máxima". E inmediatamente cita unos cuantos nombres de escritores y políticos españoles cuyos nacimientos se produjeron desde 1809 hasta 1899, desde Espronceda a García Lorca. ¿Es esta una generación? Marías intenta solamente, con conciencia de la abstracción que comete, y que se permite en cuanto que sus fines sean didácticos según llevamos citado, establecer la posibilidad de aplicar prácticamente la teoría de las generaciones de Ortega.

Y por ello, por razones didácticas, de ejemplificación, concentra su desarrollo práctico en una serie de generaciones españolas, cosa que no involucra negarle validez a su opinión acerca de que Europa sea una unidad histórica.

Conclusiones

Queden por ver dos o tres puntos más de esta nota. Ellas sólo alargarían innecesariamente estas páginas, ya que he señalado lo que quería indicar. ¿A qué se deben estas citas parciales que desvirtúan y oscurecen el sentido de elaboraciones que, equivocadas o no, están expuestas con claridad? ¿Por qué intentar otra vez, escamotearle al lector desprevenido la verdad, para imponerle una versión desnaturalizada, y en todo caso, conveniente a sus propios intereses?

No puedo menos que confesar que el hecho me llamó poderosamente la atención y de ahí que me atreva a mostrarlo con todas las fuerzas de su evidencia. Con un número por medio, dos escritores cometen los mismos desmanes intelectuales para referirse a un mismo problema. ¿Puede ser casualidad? Sobre todo, nada de esto tendría importancia si Benarós no llevara publicados algunos libros con pretensiones de obra literaria posible de merecer un premio nacional, y si Fernández Moreno no fuera un Premio Municipal de poesía. Estos dos detalles agravan la cuestión.

Volvamos al principio. Dije antes que el hombre frente a la infidelidad del mundo se desorienta. Y esto es lo que ocurre aquí, sin que esto signifique olvidar las responsabilidades de cada uno de los autores. Pero ambos han olvidado lo primordial, lo primero; y ya desbarrancados por una pendiente que les es ajena, se enredan en falacias y deshonestidades intelectuales.

tales que no pueden dejar de ser anotadas.

Es típico de las épocas de crisis —que no por pocas dejan de valer como ejemplo— un afán desmedido por las antologías, por el encasillamiento en escuelas, en tendencias, en el caso que nos ocupa, en generaciones. El hombre, en la medida que aspira a constituirse como escritor, también pierde el rumbo, y necesita asirse a algo que lo integre, que lo complete. Es entonces cuando el escritor, el poeta, no vale por lo que sea individualmente, sino que pone toda su voluntad en pasar a la historia, adocenado con sus “compañeros de generación”, y en la medida que ésta exista o no.

No quiero discutir aquí la existencia de la tan manoseada generación. Creo que esa no es tarea de nuestra incumbencia. En cambio sí lo es, señalar el verdadero rumbo a seguir. Para adquirir nuestra propia ubicación; para no desilusionarnos del mundo infiel que nos desorienta, debemos buscar en nosotros mismos, en la soledad misma que la desorientación nos impone, las seguridades que nos faltan.

Quizás algún día, si es que no nos hemos muerto todos ya, esté de acuerdo con Benarós y con Fernández Moreno, y con todos los demás que piensan de la certeza que significa una generación del 40. Pero no puedo aceptar, de ninguna manera que hoy, sin perspectiva histórica, sin conocimientos correctos, mal informados, y peor escritos, se quiera fundamentarla y demostrarla. Creo que sean cuales fueren las condiciones o los factores que constituyan una generación, literaria o no, ésta se realiza trabajando, en la medida y razón de nuestros talentos. Pero de ninguna manera, poniendo una etiqueta a cuatro, cinco veinte o cien poetas, muchos de los cuales terminarán —si no lo han hecho ya— regenteando un estudio de abogado, reclusándose al amparo de puestos más o menos oficiales, o paseando su desmelenadas figuras por las calles y los cafés del centro.

No, señores, no. Hagamos poesía. Escarbemos la realidad poética en nuestra sangre, en nuestras venas. Lancémonos de una buena vez, a la búsqueda de lo esencial del verbo, y dejemos de lado las bravatas propias más de adolescentes que de hombres. Intentemos ser hombres, al fin. Y seámoslo en silencio, sin autoelogiarnos, sin empaques, sin engolar la voz; sin petulancias, sin engreimientos. Sólo así se salvará el que vale. Porque desvirtuarnos equivocando el camino, para justificar la tarea que tanto Benarós y Fernández Moreno parecen haberse impuesto es olvidar que, al cabo, no seremos más que polvo, aun cuando podamos llegar a ser polvo enamorado.